

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN JÚDAS TADEO, APÓSTOL.

(DE TRONCOSO.)

Ecce testem populis dedi eum, ducem ac præceptorem gentibus.

Hé aquí á quien yo he elegido para que dé testimonio de mí en medio de los pueblos, y para ser el conductor y maestro de las naciones.

Isaías, c. 55. v. 4.

Cuando veo á los mortales extasiarse á vista de las ruidosas empresas de los conquistadores de las naciones, cuando les oigo ensalzar hasta las nubes el heroísmo de unos hombres, que con la espada en la mano subyugaron las provincias y ciudades enemigas, esclavizaron los pueblos y ataron al carro de su triunfo sus míseros habitantes; arrastrado tal vez mi espíritu de esta propension innata en el hombre, que le conduce á admirar lo bello, lo sublime, lo heroico, no puede ménos de experimentar un momento de preocupacion, en el cual se ve poseído de una especie de veneracion religiosa hácia unos nombres tan ilustres en los fastos de la historia. Pero cuando despertando de esta especie de letargo recorro con la vista los sitios que sirvieron de teatro á sus hazañas, y veo las mas florecientes provincias reducidas á cenizas, los campos mas fecundos convertidos en áridos desiertos, las mas opulentas ciudades víctimas de la rapacidad del ávido soldado y de la voracidad de las llamas; las mas risueñas y apacibles campiñas regadas en un mar de sangre; millares de viudas que lloran la pérdida de sus caros esposos; tiernos parvulillos reducidos á la

mas cruel orfandad; madres inconsolables que sucumben al dolor de haber perdido á sus dulces hijos en la flor de su juventud; cuando advierto en fin que todo cuanto me circunda no respira sino desolacion, lágrimas, sangre, horror, exterminio.... entónces no pudiendo sufrir la vista de un cuadro tan triste y lamentable, y arrebatado de indignacion no puedo ménos de exclamar: ¡Ciegos mortales! ¿Son estos los trofeos que tanto excitan vuestra admiracion y os inspiran el designio de consagrar á sus autores soberbias pirámides, estatuas colosales, y de formar su apoteosis erigiéndoles en divinidades á quienes prodigais sacrilegos inciensos?

Pero la indignacion llega á su colmo cuando se reflexiona que estos mismos hombres que tanto se entusiasman al oír los nombres de unos sugetos cuyos hechos solo ofrecen un vano oropel de grandeza, no afectan sino un cínico desprecio á vista de las conquistas pacíficas de aquellos varones apostólicos, que con las solas armas de la persuasion, de la dulzura y de las virtudes evangélicas, realizaron la obra mas grande, la mas colosal, la mas augusta, obra enteramente divina y que por todos títulos merece los homenajes de todos los hombres.

Tal es el establecimiento de la religion de Jesucristo propagada con la mas prodigiosa rapidez por todos los ámbitos del orbe. ¿Qué espectáculo tan brillante presenta á nuestra vista esta religion divina, que fundada sobre las ruinas de la Sinagoga y del gentilismo, hizo desaparecer de la faz de la tierra aquel culto arraigado profundamente por la costumbre, sostenido por el peso de la antigüedad, apoyado con toda la autoridad de las leyes, hermozeado con toda la pompa de las fiestas, defendido por el celo interesado de los pontífices, rodeado en suma de todo cuanto puede lisonjear las inclinaciones humanas, y que protegido por el trono de los césares, parecia amenazar al mismo cielo y disfrutar de una duracion eterna!

Si, católicos, llegado era el tiempo en que Dios habia dispuesto triunfar del orgullo de los filósofos, abatir la vana ciencia de los sabios, domar la ferocidad de los bárbaros, iluminar la ceguedad de los judíos fanáticos, y congregar en un solo pueblo las dispersiones de Israel. Para realizar empresa tan extraordinaria, elige á unos hombres entresacados no ya del senado, ni del pórtico, ni del areopago, ni del liceo, sino de la hez del pueblo, rústicos, ignorantes, sin autoridad, sin presti-

gio, sin proteccion, destituídos, en suma, de aquellas brillantes cualidades capaces por sí solas de alucinar el espíritu y arrastrar el corazón. A estos envía el Señor en medio de unas naciones descarriadas por los caminos de la mentira y de la iniquidad, para que como antorchas refulgentes lleven la luz á los hombres que yacen sentados en las densas sombras de la muerte en todas las regiones del orbe.

Entre estos hombres prodigiosos se presenta á mi vista el ínclito, el incomparable discípulo y apóstol de Jesucristo, san Júdas Tadeo, objeto tierno de estos solemnes cultos, y que por tantos títulos es acreedor á nuestros mas sinceros obsequios; aquel apóstol que mereció el sobrenombre de *celoso*, pariente de Jesus segun la carne, favorecido de su divino maestro en la última cena, con quien mereció conversar amigablemente y oír de sus divinos labios aquellas palabras de dulzura: « Si alguno me ama, observará mis mandamientos, y mi padre le amará, y vendremos á él, y fijaremos en él nuestra morada (1). »

Hé aquí el héroe cuyo panegirico se ha confiado en este día á mi débil y balbuciente lengua. ¿Y qué podré yo decir que sea digno de vuestra atencion y de las glorias de nuestro ínclito apóstol? ¿Os hablaré de él como de un Enoc, que enseñó á unas naciones sepultadas en las tinieblas de la idolatría á invocar el nombre del verdadero Dios? ¿como de un Elías que derribó los altares de los falsos dioses y exterminó sus ciegos adoradores? ¿como de un Ahias que descubrió las simulaciones de los sofistas y pecadores? Pero ya he anunciado suficientemente mi pensamiento en el ingreso de este discurso y en las palabras que me sirvieron de tema. Yo voy á presentar á vuestra admiracion un hombre prodigioso, á quien el Señor eligió para que diese testimonio de la divinidad de su religion en medio de los pueblos mas remotos de la tierra, constituyéndole la guia y el doctor de las mas bárbaras naciones: *Ecce testem populis dedi eum, ducem ac præceptorem gentibus*. Este es el asunto que me propongo desarrollar en una sola reflexion. Imploremos ante todo el espíritu de luz y de verdad, por la intercesion de aquella que la recibió en toda su plenitud, y sirviéndonos de las palabras del ángel, digamos todos: *Ave María*.

(1) *Joann. c. 14. v. 23.*

REFLEXION UNICA.

Para formar una justa idea de la sublime mision de nuestro ínclito apóstol san Júdas Tadeo, se hace preciso remontarse hasta las primeras edades del cristianismo, y recorrer con la vista el cuadro lamentable que presentaba el universo en aquellos dias desventurados, en que sepultado en las tinieblas y en la corrupcion, ofrecia la mas viva imágen de todos los extravíos. El exceso de las pasiones habia alterado en las almas la idea del verdadero Dios, y sustituido en su lugar las criaturas mas viles, los entes mas asquerosos á quienes los mortales en su delirio ofrecian sus homenajes é inciensos. La idolatría y la supersticion habian invadido todas las naciones del universo. « ¡A qué exceso (dice un célebre orador del siglo pasado) no habia llevado la idolatría su culto profano! La muerte de una persona querida la erigia bien presto en divinidad, y sus cenizas sobre las cuales la nada estaba escrita con caracteres tan indelebles, venian á ser el título de su gloria y de su inmortalidad. El amor conyugal se forjó sus dioses: el amor impuro le imitó. El amante y la esposa criminal tuvieron templos, sacerdotes y sacrificios. La locura ó la corrupcion general adoptó un culto tan raro y abominable. Cada pueblo tuvo sus dioses; á defecto del hombre, ofreció incienso á las bestias; los homenajes mas impuros vinieron á ser el culto de estas divinidades. Las ciudades, las montañas, los campos fueron violados y vieron unos edificios soberbios consagrados al orgullo, á la impiedad, á la venganza.... » Basta; la pluma se resiste á continuar una pintura tan desagradable.

Al seno de estas naciones bárbaras es destinado nuestro héroe para dar testimonio de la divinidad de la religion del Crucificado. ¿Y pensais acaso que Júdas Tadeo imitando la resistencia de Jonas, ó la cobardía de Ezequiel, ó la timidez de Jeremías, titubee, dude un solo instante en aceptar esta mision divina? No, católicos; en vano asaltaré á su imaginacion aquella serie de penalidades, cuya espantosa enumeracion hace el Apóstol de las gentes. Peligros de parte de los paganos, peligros en las ciudades, peligros en la soledad, peligros en la tierra, peligros en el mar, la pobreza, el hambre, la sed, el frio, la desnudez, combates interiores, combates exteriores.... nada será capaz de detener su celo. Las islas y las naciones le esperan como

á otro Isaías, para llevar desde lejos el nombre del santo Dios de Israel. Abrasado su pecho de aquel fuego devorador que el Espíritu divino le había comunicado en el cenáculo en el día de Pentecostés, penetrado su entendimiento de las divinas luces y de la ciencia sublime de lo alto, ya su espíritu inquieto no puede contenerse en los estrechos límites de la Palestina.

Cual rayo agitado del impetuoso huracán parte Tadeo al teatro de sus triunfos. Ya está en Mesopotamia. Apenas este astro luminoso se deja ver sobre el horizonte de aquella región cubierta de las tinieblas de la ignorancia y del error, cuando al pavoroso estallido de su voz tiembla el paganismo, la superstición se oculta, las falsas divinidades caen por tierra, enmudecen los ídolos, desaparece el vicio, y el estandarte de la cruz se enarbola sobre las ruinas de la gentilidad. Júdas Tadeo verifica del modo más admirable la predicción de un profeta, cuando atravesando las inmensas distancias de los siglos, dijo: « Un pueblo que andaba en las tinieblas vió aparecer una luz prodigiosa que disipó las opacas sombras de la muerte. » *Populus qui ambulabat in tenebris vidit lucem magnam; habitantibus in regione umbræ mortis lux orta est eis* (1).

Pero no será este el solo triunfo que reporte su celo apostólico. Ya su vista se dirige hácia una nación belicosa, altiva, indomable, amante de su libertad, y que en el largo transcurso de cuarenta siglos aun se conservaba en posesión de su independencia. Así es: Júdas Tadeo va á difundir las luces del Evangelio en medio de los descendientes del salvaje Ismael; de aquel cuyas manos rebelándose contra todos, las conjuró todas contra sí mismo, según la expresión de la Escritura. Vedle ya en la Arabia. ¡Qué espectáculo tan sorprendente! Júdas Tadeo predica dogmas incomprensibles, anuncia un Dios pobre, abyecto, crucificado y condenado á muerte por el supremo consejo de la nación judía, por los sacerdotes y doctores de la ley; Júdas enseña una religión cuya base fundamental es el dogma de un solo Dios en tres personas, dogma que va á despedazar el cetro de aquellos cincuenta mil dioses que habían salido del cerebro de los poetas paganos; y á su voz..... ¡inaudito prodigio! aquellos hombres contra quienes nada pudo el

(1) *Isaia, c. 9. v. 2.*

señor de los reyes, Sesostris, aquellos á quienes el etíope Zara pretendiera en vano reducir á una mísera esclavitud, aquellos á quienes no pudo sojuzgar el mismo Ciro vencedor de las naciones, aquellos que supieron burlarse de los formidables ejércitos del hijo de Histapo, aquellos en suma que supieron detener los agigantados progresos del invencible Alejandro, el cual habiendo destruído la monarquía de los persas y llevado sus conquistas hasta el Ganges, se lisonjeaba de humillarlos con su brazo de hierro; estos mismos árabes, digo, doblan su altiva cerviz, reciben el yugo del Evangelio que el humilde Júdas Tadeo les predica, reconocen y confiesan la divinidad de Jesucristo, y dan el más público testimonio de su fe en las verdades que el apóstol les anuncia.

Júdas Tadeo predica á un Dios hombre cuya sangre preciosa ha sido derramada sobre la eminencia del Gólgota y ofrecida en sacrificio de expiación por los pecados de todos los hombres; los paganos le escuchan, y á su voz de trueno desaparecen aquellos sacrilegos altares sobre los cuales corría á torrentes la sangre de innumerables víctimas humanas sacrificadas á la intriga, á la ambición, y á las más negras pasiones. Tadeo como el Bautista anuncia el Cordero sin mancilla, el cordero de Dios que quita los pecados del mundo, les enseña el misterio sacrosanto de la Eucaristía, el sacrificio augusto de nuestros altares; aquellos hombres poco há egoístas, sensuales y groseros, adoptan humildemente unos dogmas tan repugnantes á su razón altiva, poseída de los más impudentes extravíos; y nuestro infatigable apóstol, lleno de la satisfacción más pura, ve abolidos los infames misterios de Priapo, Ceres, Eleusina, Vénus, y todas aquellas fiestas lúbricas y degradantes, en las que no se presentaba la inocencia sino para ser prostituída, en las que la naturaleza misma era ultrajada en lo que tiene de más sagrado, y en las que la antorcha de la superstición iluminaba unas prácticas indignas de entes dotados de razón. Tadeo, en suma, desarrolla los arcanos de la providencia de un Dios cuya ciencia se extiende á todos los siglos, cuyo poder abraza todas las criaturas, y de cuya voluntad pende el éxito de las cosas futuras, y á su voz el idólatra iluso y fanático detesta sus antiguas preocupaciones; ya no consulta la ascension del humo, ni el canto de las aves; no escudriña el porvenir en las entrañas de las víctimas ni en el graznido de los cuervos, ni en aquellos pro-

nósticos pueriles, raros y extravagantes con que una grosera superstición se lisonjeaba de honrar á unas divinidades estúpidas.

Pero el ardoroso celo de Júdeas Tadeo no se contenta con abatir el informe coloso del error: aspira sí á convertir aquel campo fragoso en un jardín ameno de las mas bellas virtudes. Con efecto, ser modesto hasta la humildad, caritativo hasta amar á sus enemigos, manso hasta perdonar las injurias, paciente hasta el punto de evitar la murmuración, desinteresado hasta preferir la indigencia á la injusticia, casto hasta condenar el pensamiento detenido, y fiel á la ley hasta morir por ella, todas estas eran virtudes que el paganismo apenas conocia en teoría, mucho ménos en la práctica, y que los sabios mas acreditados de aquellos tiempos jamas fueron capaces de inspirar. Júdeas Tadeo las practica hasta el heroismo; y á su ejemplo, aun mas eficaz que sus mismas palabras, practícanlas tambien sus adeptos y discípulos. Los grandes se confunden con los pequeños; los ricos abrazan la pobreza evangélica; los sensuales se hacen penitentes; los filósofos llenos de orgullo se humillan; la faz de la tierra se muda y presenta la mas bella imágen de aquella tierra nueva, y de aquel nuevo cielo profetizados por Isaías, y que san Juan describe en su Apocalipsis; lo cual, segun el sentir del máximo entre los doctores san Gerónimo, debe entenderse de la conversión del gentilismo por la predicación de los apóstoles. No busqueis pues en aquella tierra de bendición que Júdeas Tadeo ha fecundado con sus sudores apostólicos, aquellas rivalidades hijas del egoísmo que ponian un muro de eterna separación entre el Señor y el esclavo, y les hacian mirar como enemigos declarados á los hombres de una nación extranjera. Discípulo de un Dios en cuya presencia no hay diferencia alguna entre el gentil y el judío, el bárbaro y el escita, el griego y el romano, les anuncia la verdadera igualdad moral que Jesucristo ha venido á introducir en el mundo: y en su consecuencia todos se miran como hermanos é hijos de un mismo padre que es Dios. A la igualdad proclamada por el Evangelio, sucede la igualdad segun la ley. El esclavo ve romperse las cadenas que le oprimian y se mira declarado libre en nombre del Redentor, que el apóstol predica haber comprado con su sangre á todos los hombres; la mujer sale de la infame condición á que se viera reducida, y se halla rehabilitada en sus primitivos derechos,

y declarada la esposa, la compañera, la amiga del hombre, cuyo tiránico despotismo no la miraba ántes sino como un mero instrumento de sus sensuales caprichos. ¡Qué maravillosa metamorfosis! Permitid, católicos, un momento de desahogo á mi corazón; permitidme que á vista de tamaños prodigios obrados por el cristianismo por la predicación de nuestro héroe san Júdeas Tadeo, pague un justo tributo de reconocimiento á esa hija del cielo, don el mas precioso que bajó á la tierra para consuelo de los mortales; permitidme que tomando en mi boca las bellas aunque mil veces repetidas expresiones del sabio é ilustre Bossuet, exclame con él entusiasmado: «¡Oh cruz victoriosa! tú has triunfado de los corazones; y tengo por mas glorioso haber conseguido tan honrosa victoria, que haber cambiado el órden del universo; porque nada veo en el mundo mas indócil, mas fiero ni indomable que el corazón del hombre!» Pero volvamos á nuestro asunto.

Cargado de innumerables trofeos, abandona Tadeo la Mesopotamia; y cual relámpago veloz pasa á la Siria, de allí á la Libia, luego á la Idumea, y no de otra suerte que al sonido de las trompetas de Josué se abatieron los muros de la soberbia Jericó, así por do quiera que resuena el eco de su voz apostólica la soberbia de los príncipes se humilla, las testas coronadas se abaten, y la ciencia de los sabios se ve reducida á la mas vergonzosa confusión.

Vedle ya en la capital del imperio pérsico. A su vista los oráculos enmudecen. En vano Baradach, capitán de los ejércitos del rey de Babilonia, pretende saber de ellos el éxito feliz ó desventurado de la expedición que proyecta contra los indios sus enemigos; los oráculos confiesan que no pueden dar respuestas decisivas interin permanezca en aquella ciudad el discípulo de Jesucristo. ¡Qué ocasión tan oportuna se presenta á nuestro héroe para probar la futilidad y el absurdo de aquellos mentirosos equívocos con que el error contribuía á fomentar la superstición por el órgano de sus ciegos ministros! Preséntase en efecto el apóstol por órden del capitán, y para hacer mas patente y manifiesta la impostura del oráculo, le da licencia en nombre de Jesucristo para que conteste á la consulta de Baradach. Contesta este, y dice que la guerra será de larga duración y que de ambas partes habrá pérdidas inmensas y una prodigiosa efusión de sangre. Sonríe Júdeas de la puerilidad de la

respuesta, y dice al general que el siguiente día llegarán los embajadores de los indios á pedir la paz y someterse á las condiciones que quisiere imponerles. Duda un momento el idólatra; pero al ver despues realizada la prediccion del apóstol, se admira, se turba, venera al Dios que predica y en cuya virtud se obran tamaños prodigios; los paganos abren los ojos á la luz del Evangelio, se convierten á millares, reciben el santo bautismo, y la fe y la religion del Crucificado se ostentan triunfantes en el seno de esta nacion sumida en la ignorancia y el error.

No importa que unos resultados tan maravillosos y divinos exciten la rabia y la perfidia de los magos y sacerdotes de los ídolos; no importa que estos se conjuren contra el desvalido discípulo de Jesucristo y le acriminen con las mas atroces calumnias. La virtud de la cruz que Tadeo predica, se ostentará de un modo maravilloso y confundirá á aquellos hombres mentirosos que solo aspiran á perderle. Si estos, como los magos del protervo Faraon, intentan oponerse á la conversion de los idólatras intimidándoles con falsos prodigios, Tadeo, como otro Moises, armado de la cruz figurada en la vara de aquel caudillo del pueblo israelítico, sabe descubrir con verdaderos milagros los falaces ardidés de unos hombres venales y sacrílegos. La verdad triunfa; se predica libremente la religion de Jesucristo; los cetros y las coronas vienen á humillarse ante las aras del Crucificado, y los mas opimos frutos de virtud brotan en aquel campo feraz, regado con los sudores de este varon apostólico.

Ah! Si no temiese los envenenados tiros de una crítica mordaz, irrisoria é impía, ¡ cuántos hechos pudiera traer en confirmacion de la verdad que me propuse probar en el principio de este discurso! Y no así como quiera, sino hechos fundados en la autoridad de hombres de un criterio nada sospechoso, y de una ciencia la mas luminosa. Los nombres de los Bedas, de los Isidoros, de los Abdones y Antoninos de Florencia, son demasiado respetables para los hombres de fe, para los hombres verdaderamente racionales; pero en un siglo sistemáticamente incrédulo, friamente egoista y en todo superficial, que pretende reducir las verdades religiosas á una incomprendible combinacion de figuras, números y cifras, avanzar ciertos hechos que la providencia de un Dios ha querido cubrir con un velo bastante denso reservándose á sí propio su noticia circunstanciada, seria exponer nuestra religion sacrosanta á las invectivas de sus

impíos antagonistas, que nada desean tanto como las ocasiones de desacreditarla en la opinion de un vulgo poco instruído. ¡ No permita el Señor que yo pueda dar el mas leve motivo á la mordacidad de sus viperinas lenguas!

Disimulad, católicos, esta digresion, y seguid conmigo á nuestro héroe que ya dirige sus pasos al lugar del sacrificio. ¿ Á dónde vas, apóstol santo? ¿ Á dónde caminas cual nube lijera, impelida de los vientos? Mas qué digo? Tiempo es ya de descansar de tus fatigas; tiempo es de recibir el premio de tus tareas. Vé en hora buena á ceñir los laureles que te merecieran los triunfos que has reportado á Jesucristo! Efectivamente, señores, Júdas Tadeo es una víctima destinada á rubricar con su sangre la divinidad de la religion que ha predicado. La ciudad de Berito, segun la opinion mas cierta, es el lugar de la expiacion. Ya está allí el apóstol. Sus rápidos progresos excitan la envidia y el encono de los magos sus famosos antagonistas; encienden estos la tea de la discordia; despiertan el furor de los magistrados; condúcenle al templo de la Luna, para que ofrezca á este astro sacrílegos inciensos; Júdas Tadeo rehusa obedecer, se niega abiertamente. El pueblo frenético clama, vociferá, le insulta, le maltrata, le sacrifica á su furor. El apóstol espira entre las manos de los idólatras furibundos; su cuerpo yace por tierra frio cadáver, pero su espíritu purísimo va á ceñir la diadema de la inmortalidad.

Murió el justo, católicos, pero su memoria permanece para siempre. Yo veo á mi ínclito apóstol san Júdas Tadeo por entre diez y ocho siglos de veneracion y de homenajes tributados á su memoria, y observo que su gloria no ha podido sucumbir ni al trastorno de los imperios, ni á la diversidad y extravagancia de los cultos, ni á las irrupciones de los bárbaros, ni á la caducidad del tiempo que todo lo consume y aniquila. Su espíritu todo entero se conserva en los sucesores de su apostolado, que hoy mas que nunca consagran sus sudores y fatigas en los países del oriente, víctimas del ominoso yugo del Koran; pero mas particularmente vive este mismo espíritu en aquella epístola católica que ha sido y será siempre el mas activo y eficaz antídoto contra las máximas de la incredulidad y del error filosófico; epístola que segun la bella expresion de Orígenes, consta de breves palabras, pero está llena de la fuerza y unción divina. Y en efecto. ¿ Quién al leer sus palabras llenas de fuego

no creará ver en medio de nosotros al apóstol confundiendo los errores de su tiempo, los delirios de aquellos impostores que ya desde los primeros días del cristianismo inficionaban al vulgo y pervertían la moral santa de Jesucristo? ¿Y quién no ve con admiración la pintura que hace de los filósofos dogmatizantes de nuestros días? ¡Con qué colores tan vivos representa á estos impostores cuando compara su perversidad á la de Caín, su venalidad á la de Balaan, su ambición á la de Coré, amenazándoles con los castigos que experimentaron las ciudades nefandas, y mirándoles como víctimas infelices destinadas á sufrir el incendio de Sodoma y Gomorra, y á servir de escarmiento á las generaciones futuras! ¿Quereis conocer estos hombres falaces y preveniros contra sus perniciosas doctrinas? Pues ved cómo los delinea el apóstol. «Ellos son, dice, unos hombres « que convierten la gracia de nuestro Dios en lujuria, y niegan « que Jesucristo es solo nuestro soberano y Señor. Contaminan « su carne, desprecian la dominación, y blasfeman de la majestad (1). Hé aquí el carácter de los simoníacos y nicolaitas, cuya doctrina, según san Epifanio, era tan abominable como escandalosa su vida, convirtiendo con pretexto de libertad en la más desenfadada licencia de vida, la ley pura, santa é inmaculada del Evangelio. «Estos impíos, prosigue el apóstol, « blasfeman de las cosas que no saben y abusan como bestias « irracionales de las cosas que saben naturalmente (2); contaminan los festines y asisten á ellos sin rubor (3). » Tales eran los gnósticos que vivían como entes destituidos de raciocinio, y habían abandonado el pudor, la razón y la religión, y tales son hoy día sus sectarios. Pero ved el más bello retrato de los herejes é incrédulos de nuestro siglo. «Ellos son, dice, unos hombres que se apacientan á sí mismos, nubes sin agua que son « llevadas por los más ligeros vientos, árboles de otoño, infructuosos, dos veces muertos, desarraigados, ondas furiosas de « la mar que arrojan las espumas de su abominación, estrellas « errantes, murmuradores quejumbrosos, venales, interesados, « aduladores, que se separan de Jesucristo y carecen del espíritu de Dios (4).» ¿Y no son tales esos hombres que imbuídos en el error le arrojan en las almas de los incautos; que seme-

(1) *Ep. cath. Jud. c. 4. v. 8.* (2) *Ibid. v. 10.* (3) *Ibid. v. 12.*

(4) *Ibid. v. 12 et seq.*

jantes á los meteoros ó exhalaciones, andan errantes sin permanecer en un estado fijo de doctrina, aglomerando errores y deslumbrando á los sencillos con el momentáneo resplandor de sus escasas luces? ¿Quién no ve en las últimas palabras del apóstol el carácter distintivo de los cismáticos y protestantes, que separándose del centro de la unidad, desobedeciendo á los superiores, siguiendo su espíritu privado, y afianzados en el erróneo principio del exámen individual ó de inspiración, desconocen toda autoridad y se erigen en otros tantos doctores, hombres ciegos conductores de ciegos, que explican á su modo los divinos Libros, deduciendo de ellos las más absurdas consecuencias? Pero basta; lo dicho hasta aquí es muy suficiente para poner en el grado más luminoso de evidencia la proposición que prometí probar en el ingreso de mi discurso, á saber, que el ínclito apóstol san Júdeas Tadeo fué un varón prodigioso, á quien Dios eligió para que con su predicación y doctrina diese el más auténtico testimonio de la divinidad de nuestra religión santa.

¡Loor eterno pues á los héroes del cristianismo! ¡Loor eterno á aquellos hombres singulares que consagraron sus sudores y fatigas á establecer y propagar esa religión divina que, bajando del seno del Eterno como un don el más precioso que los hombres pudieron jamás desear, difunde en nuestros corazones los más puros consuelos! ¡Loor eterno al ínclito Júdeas Tadeo cooperador ilustre de esta obra magnífica!

Sí, héroe incomparable, mi corazón reconocido te tributa en este día los más sinceros al par que justos homenajes de gratitud y de alabanza por los beneficios incomparables debidos á tu celo apostólico. Tú eres uno de aquellos doce astros luminosos que el Señor escogió para difundir la luz de la verdad por todo el orbe, y cuyas benignas influencias han fecundizado una tierra antes estéril, y ahora jardín ameno de las más bellas virtudes. Tú eres uno de aquellos doce ángeles evangelizadores de la paz que anunciaron al mundo el Dios de clemencia y de salvación. Á ti es deudora una parte del universo de aquella religión santa que formando nuestras más puras delicias, es al mismo tiempo el origen precioso de todo bien, de la verdadera libertad, de la sólida ilustración, de una felicidad y ventura sin par. Miráanos pues clemente, oh santo apóstol, desde la región del este que habitas en compañía del Omnipotente, cuya gloria

propagaste tan prodigiosamente en tu vida mortal, y alcánzanos del Señor que perseverando fieles á los principios de la fe y de la religion católica que nos gloriamos de profesar, sepamos resistir á los ataques de la incredulidad y combatir denodadamente contra las seducciones del vicio; para que en premio de esta constancia y fidelidad, merezcamos ver en esta vida el triunfo del cristianismo que predicaste, y en la otra gozar para siempre de la eterna bienaventuranza de la gloria.

SERMON

DE SAN JULIAN,

OBISPO DE CUENCA.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Ecce sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo.

Veis aquí al gran sacerdote que en sus dias agradó mucho al Señor.

Eclesiástico, c. 44.

La falsa ilustracion de tantos sabios con que se envanece el mundo : el esplendor, la brillantez y fastuosidad de los grandes de la tierra : el magnetismo de esas bellezas que figuran en primera línea en la sociedad : y esa lluvia de oro que fecundiza los campos de la ambicion en que vegeta nuestro siglo, nos ilusionan, nos ocupan demasiado, nos encantan y logran acaso excitar nuestra admiracion hácia unos objetos que reprueba la razon, condena la fe, y rechazan los que temen á Dios y observan sus preceptos. Vivimos en un tiempo en que con el arte del decir parece que se ha hallado el secreto de demostrar lo que se quiere, de hacer pasar el bien por mal, las tinieblas por la luz y la luz por las tinieblas, como lo decia un profeta de los impíos de sus dias. Una nueva filosofia anatematizada por el Apóstol se atreve á disputar al mismo Dios sus sacrosantos derechos; se burla del respeto con que celebramos la memoria de aquellos santos que con sus doctrinas y ejemplos nos enseñan á ser felices, y desgraciado del que se propase á decir con el celo de Isaías: «Ay de ti gente pecadora, pueblo de grave iniquidad, semilla malvada, hijos facinerosos, apóstatas del Señor, blasfemadores del santo de Israel!» porque este será tenido por fanático, se declamará contra su existencia, y todos se di-